Sabrina Catdoor Alberto Expósito

Magicanguros

Fiesta de pijamas



edebé


Magicanguros

Sabrina Catdoor Alberto Expósito

Magicanguros

Fiesta de pijamas

edebé

Un proyecto de Tormenta
www.tormentalibros.com
© del texto: Sabrina Catdoor, 2025
© de las ilustraciones: Alberto Expósito, 2025
Color de Judit García Rivero

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Primera edición, octubre 2025

ISBN: 978-84-683-7438-3
Depósito legal: B. 8141-2025
Impreso en España / Printed in Spain

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

PEFC/14-38-00352 www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Magicanguros



Atendemos todas las necesidades para el cuidado de tus pequeños, con un toque de magia.



*

También cubrimos fiestas de cumpleaños, acompañamiento en visitas al zoo, ayuda con los deberes, cuentacuentos...

¡PRECIO A CONVENIR!

Información y encargos: contactar con Sam Nagual, tercera ventana sobre el manzano, calle Ptolomeo, Sorledo

O por bola de cristal, código V3RRUGASYS4POS (a partir de las 17:00).



Capítulo 1

El terror de los calcetines sucios

—¡Lola! —La voz de la señora Vellido retumbó contra las paredes del pequeño piso en el que Lola vivía con su madre y sus dos hermanos—. ¡Lola! ¿Dónde te has metido? ¡Necesito que me ayudes con la ropa!

Solo existía una razón en el mundo por la que la señora Vellido no pudiera encontrar a su hija, y es que todo estaba tremendamente desordenado. Tan desordenado que recorrer el pasillo era como cruzar, saltando de roca en roca, un río a punto de desbordarse. Había zapatillas tiradas, calcetines sucios, dinosaurios de juguete, raquetas de tenis, un bate de balonvuela, dos bolsos… y eso sin llegar hasta el salón, donde los montones de ropa planchada se

acumulaban bajo revistas de videojuegos, cuadernos y libros.

Los juguetes pertenecían a Lobato, el hermano de cinco años de Lola; las raquetas de tenis, los calcetines sucios y las toallas sudadas, a Leo, el hermano de dieciséis años de Lola; las zapatillas embarradas, a Lola; y los bolsos, a la señora Vellido. El único que no tenía propiedades tiradas por la casa desde hacía ya varios años era el señor Vellido, que ahora vivía en las islas Magma y solo veía a sus hijos en vacaciones.

—¡¡¡Looolaaa!!! —aulló la señora Vellido.

Varios mechones de cabello encrespado asomaron entre los cojines del sofá cama del salón, y Lola se incorporó todavía con los ojos cerrados.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—¡Por fin apareces! Tengo que llevar a Lobato a sus clases de natación —dijo la señora Vellido con las llaves del coche en una mano y Lobato en la otra.

Lola intentaba despertarse entre bostezo y bostezo.

—Limpia un poco la casa, guarda las toallas en el armario… —continuó la señora Vellido.

Lola se pasó las manos por la cara intentando abrir los ojos, que los tenía pegados con las legañas.

—¡Y acuérdate de recoger a Lobato a las doce en punto! —terminó de decir la madre de Lola mientras salía de la casa y cerraba la puerta a su espalda.

Lola aún se quedó un rato más en la cama. Después se levantó y se dirigió al baño, más dormida que despierta.

Del dormitorio de sus hermanos salía música *rock*. Leo y Lobato compartían una de las habitaciones del piso y su madre utilizaba la otra, así que Lola dormía en el sofá plegable del salón y guardaba sus cosas en el armario de la vajilla.

Lola se lavó la cara. El baño estaba tan desordenado como el resto de la casa. Pasta de dientes en el espejo, pelos en el lavabo, más calcetines… y algo que Lola no podía resistir, ¡la tapa del inodoro levantada!

La música *rock* estaba cada vez más alta, tanto que, cuando Lola apoyó las manos en los azulejos, sintió cómo temblaban.

Lola dio dos golpes a la pared.

—¡Baja la música, Leo! —gritó—. ¡Sabes que mamá no nos deja ponerla tan alta!

Los gritos de Lola no sirvieron de nada, y Leo añadió sus rugidos desentonados a la letra de la canción:

Del infierno,

las llamas bestiales

devoran corazones…

—¡Leo, que bajes la música! —Lola golpeó la pared otra vez y, al hacerlo, el espejo que colgaba precariamente de un clavo se cayó al suelo y estalló en pedazos.

Lola soltó una palabrota y salió de puntillas para no cortarse con los cristales.

En el salón se encontró con Leo, que llevaba su sudadera perfecta del equipo de natación, el pelo recogido en una coleta y litros de colonia.

Lola lo interceptó.

—¡Ah, no! ¡Tú no te vas a pirar y me vas a dejar a mí sola para ordenar todo esto! —exclamó la licántropa.

—He quedado, Lola —respondió Leo.

—¡Mira cómo está todo! —insistió ella—. ¡Mamá ha dicho que limpiemos!

—Nooo. Mamá TE ha dicho que TÚ limpies la casa. —Leo se dirigió hacia la puerta y lanzó sus calcetines sucios al cesto de la ropa, con tan mala puntería que ambos chocaron con la pared, cayeron sobre las baldosas del baño y rodaron cada uno hacia su destino: uno bajo el lavabo, justo entre dos azulejos agrietados, y otro detrás del inodoro.

—¡Tus calcetines! —rugió Lola.

Leo esquivó zapatillas, bolsos, dinosaurios y demás objetos tirados por el pasillo, y salió de la casa sin prestarle más atención a su hermana pequeña.

¡¡¡GGGRRRUUUAAARRR!!!

Lola rugió en medio del salón.

Justo en ese momento, sonó la bola de cristal. Y ahora, ¿qué?

Lola conectó el aparato y al otro lado se encontró con Sam, Evi y Marita. Ellas eran sus tres nuevas amigas. Sam era una bruja; Evi, una vampira, y Marita, un hada de los bosques. Y es que Lola había empezado la secundaria en el colegio de Sorledo hacía solo unas semanas, y aunque al principio había

estado un poco asustada con el cambio de clases y las asignaturas nuevas, pronto había hecho amigas. Las cuatro juntas habían fundado Magicanguros, y ofrecían servicios de cuidado infantil.

—Lola, vamos a la piscina cubierta, ¿quieres venir? —propuso Sam.

Lola no tardó ni un segundo en responder:

—¡Claro! ¿A qué hora?

—Salimos en diez minutos. Evi tiene que pasar por su casa a recoger el bañador —respondió Sam.

—Perfecto, nos vemos allí.

Lola sacó su bolsa de deporte de debajo del sofá, localizó su traje de baño, que estaba detrás de un radiador, buscó una toalla limpia en el armario de su madre y se fue a reunirse con sus amigas dejando a su espalda un caos de ropa, juguetes y zapatos.